

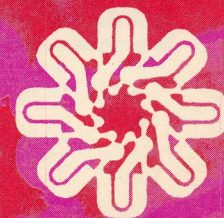
ISSN-0185-9080

foro 62 universitario

EPOCA II AÑO 6
ENERO
1986

**INGENIERIA GENETICA:
ANTECEDENTES Y PERSPECTIVAS FUTURAS**
Fernando Montiel

**LA EDUCACION
EN LA FRONTERA DEL NORTE DE MEXICO**
Alfredo Cuéllar



PRECIO \$ 150.00

EL PAPEL DE LA ESCUELA ACTUAL EN LA VIDA COTIDIANA

Miguel A. Casillas Alvarado
Alcibiades Papacostas Casanova

Introducción

Hasta ahora, las posiciones que se debaten en torno a la forma de conceptualizar la escuela han girado sobre varios ejes: las que corresponden a un enfoque funcionalista y que buscan reconocer los procesos escolares, en tanto constituyentes del "organismo social", intentan solucionar sus disfunciones para evitar la anomia, estas se caracterizan por la aceptación como dados de los procesos y funciones cotidianas de la escuela, ocultando o no reconociendo los verdaderos móviles que permiten su desarrollo. Por su lado, dentro de las posiciones críticas encontramos una arraigada corriente que intenta soslayar las características propias de la escuela, explicándola a partir del traslado de categorías generales del

análisis social (un caso típico es el reproducionismo). Por nuestra parte, consideramos imprescindible la construcción de categorías particulares que surjan de las propias relaciones en la escuela; esto es, sin rechazar la utilización de elementos conceptuales y teorías sociales generales, reconocemos la singularidad de los procesos escolares y por tanto, la necesaria reconstrucción conceptual de ellos.

En ese sentido, nos interesa remarcar los procesos de la vida cotidiana en la escuela, no como translación de categorías ajenas a sus procesos particulares, sino intentando identificar sus relaciones e interacciones en tanto integrante del todo social.

Estas notas están marcadas por el interés, y nos afirmamos en un

presente sujeto a cambios, propugnamos por romper la estabilidad de la escuela, por desmitificar su inalterabilidad, su normalidad. El cuestionar a la escuela como una constante de reflexión, obliga a un cuestionamiento ininterrumpido de nuestros puntos de vista, de nuestras actitudes y valores. Consideramos que una de las claves del cambio se encuentra aquí, en ese afán implacable de inconformidad que nos lleva por el camino de la incomodidad hacia la indignación.

Cuando Agnes Heller trabaja el concepto de vida cotidiana en su libro **Historia y vida cotidiana** llega —entre varias— a un par de conclusiones bastante sugerentes: "La vida cotidiana es la vida de **TODO** hombre. La vive cada cual sin excepción alguna, cualquiera que sea el lugar que le asigne la división del trabajo intelectual y físico" (p. 39); "El hombre nace ya inserto en su cotidianidad. La maduración del hombre significa en toda sociedad que el individuo se hace con todas sus habilidades, imprescindibles para la vida cotidiana de la sociedad (capa social) dada. El adulto es capaz de vivir por sí mismo su cotidianidad. . . Esta asimilación, esa <<maduración>> hasta la cotidianidad empieza siempre <<por

grupos>> (hoy generalmente en la familia, en la escuela, en comunidades menores). Y estos grupos **face-to-face** median y transmiten al individuo las costumbres, las normas, la ética de otras integraciones mayores” (p. 41 y 42).

Es en estos dos sentidos que encontramos el lugar de la escuela en la vida cotidiana.

Sabemos que “la vida cotidiana es el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares” (Agnes Heller, **Sociología de la Vida Cotidiana**) y sabemos también que todos los hombres viven la vida cotidiana, y que en ella existe la institución escuela. Partimos de aquí, advirtiendo de antemano que este reconocimiento no implica —de entrada— la comprensión del papel que juega la escuela en la vida cotidiana. Este papel va ligado a dos procesos básicos de la cotidianidad, pero que tienen especial énfasis y concreción en la escuela. Por un lado, el de maduración/ socialización mediado por <<la escuela>> y por otro lado, el de la construcción de un significado subjetivo de la realidad social.

El Proceso de Maduración/ Socialización Mediado por la Escuela

El individuo nace asocial e inmaduro. Se nace en un mundo concreto donde el sujeto en su vida cotidiana empieza a interactuar con los sujetos y objetos que lo rodean, con los <<grupos>> inmediatos que le corresponden casualmente al estar

inmerso en un aquí y ahora determinados.

A este sujeto se le transmitirán, por medio de procesos de internalización, una amalgama de normas, valores y “saberes” que, entre otras, son parte de la moral familiar heredada por generaciones, las normas de la comunidad donde esta inmerso, y así, los valores, concepciones del mundo, costumbres y en fin, la “cultura” transmitida por las restantes integraciones sociales mayores (clase, sociedad, nación, etcétera).

Por medio de estos procesos de internalización el individuo, o colectividad, asume como propia y natural la “cultura”, como algo dado, que lo precede y lo determina, que le marca impositivamente el rumbo de su integración social.

Esta “cultura”, este mundo de significados, resulta ser el producto de una secuencia de interpretaciones o mediaciones que cada integración social efectúa de acuerdo a su propia concepción del mundo, su folklore y su sentido común. El individuo, inmerso en su mundo concreto, aparece entonces negado, anulado por su comunidad, que le asigna un conjunto de normas, valores y roles que ha de asumir como propios para ser social y maduro.

No aceptar esta imposición devela al sujeto como asocial, como anormal. La crítica y el cuestionamiento son así producto del egoísmo o de la inmadurez (enfermedad de juventud), y deben ceder su lugar al deber ser legitimados, ya sea por un proceso de

“autoconvencimiento” personal o “corregidas” en una institución total como la cárcel o el hospital psiquiátrico.

Una de las instituciones que se consideran privilegiadas para el proceso de socialización/maduración es la escuela. En efecto, la obligación de asistir, el gran número de horas que se pasa en ella, el tipo de interacción social que se encuentra repetidamente en su vida cotidiana y el peso social e ideológico que se le tiene asignado —entre otras— hacen de la escuela una institución especial, cercana —para algunos— a una institución total.

Es la escuela una institución presente en la vida cotidiana de todo hombre, incluso para aquellos que se ven marginados de ella. En ella, el proceso de socialización/maduración se acelera y cobra especial ímpetu. También en ella, el sujeto se enfrenta por vez primera a un mundo de significados diferentes del de su familia. Este enfrentamiento puede ser total o hasta una mera continuación, dependiendo de las diferencias entre su concepción del mundo y la que la institución legitima.

En efecto, la escuela como institución transmite una y sólo una concepción del mundo, una ciencia y una moral que pretenden en conjunto ser coherentes y estructuradas. Esta imposición se ejerce como natural, como la aceptación de lo ya dado, donde la historia no tiene lugar. Que esta concepción del mundo, que ésta “realidad” coincida con la del individuo no importa, éste debe negarse como sujeto particular para cumplir con su sociedad, para

aprender una nueva significación imaginaria que su escuela legítima y así socializarse y madurar.

En esta perspectiva, será más fácil el proceso de socialización/maduración para aquéllos individuos cuya concepción del mundo coincida con la que la escuela legítima, hoy por hoy una visión racional instrumental, eficientista y positiva que poco tiene que ver con nuestra historia y cultura. Tal concepción ha sido impuesta desde el exterior y “aceptada” como propia por aquellos místicos del modernismo que consideran al desarrollo occidental como algo genérico e incuestionable. Desde esta visión surgen las expectativas sociales para cada individuo, su deber ser.

Esta aplastante “realidad” resulta entonces incuestionable e inalterable en tanto presentada, como única y legítima. El individuo, en la escuela, no puede sino socializarse/madurar de acuerdo a la aceptación/introyección del deber ser legitimado.

Sin embargo, surge la posibilidad de la indignación como camino hacia la transformación, como forma de afirmarse como sujeto particular. Indignarse pasa por reconocer el proceso de socialización/maduración en su conjunto como la imposición de una “realidad” imaginaria, producto de una construcción subjetiva e histórica, con valores e intereses, y por lo tanto cuestionable y transformable. Esto en la escuela significa, en lo que al proceso de socialización/maduración se refiere, recuperar el diálogo reprimido por la vía de la autoreflexión sobre los procesos de habituación escolares. De este modo,

la internalización deviene en interiorización, la socialización/maduración pasa por la conciencia del individuo y este construye, al subjetivar, un mundo propio de significantes.

Indignarse implica también reconocer a la escuela como el lugar de confluencia de “saberes”, todos reales y legítimos en tanto construcciones subjetivas y por lo tanto imposibles de negar.

Cada sujeto particular podrá entonces seguir su proceso de socialización/maduración como una interiorización, esto es, una construcción autoreflexiva, propia y auténtica, en tanto construcción consciente, sin necesidad de negarse como sujeto particular con intereses propios. Por otro lado, al permitirse la existencia de múltiples significaciones, el individuo podrá seleccionar/interpretar de entre los “saberes” confluentes, sin olvidar los propios, aquéllos que lo “satisfagan” y no aceptar/introyectar un deber ser único y legítimo. Este es el camino hacia una educación libertaria.

El resultado de esto no puede sino ser un conjunto de hombres libres y únicos, ya que han podido seguir un proceso de socialización/maduración en donde han reconocido su interés e individualidad como sujetos particulares. Una sociedad compuesta de sujetos heterogéneos asumidos como tales es la utopía que proponemos. Una sociedad donde haya cada vez menos hombres frustrados, derrotados y aplastados con el pretexto de enseñarnos a convivir, a respetar a los demás, partiendo para

ello de la negación de nosotros mismos.

La coexistencia de múltiples significaciones, entre ellas todas las concernientes al deber ser, deriva en la crítica constante, en la construcción continua, en el movimiento que nuestra sociedad necesita para transformarse dinámicamente reconociendo lo perenne de su “realidad” y olvidando las quimeras de la modernidad y su aspiración de progreso continuo.

Cambiar la escuela en este sentido es cambiar la vida y en este proceso la escuela juega un papel primordial. Reconocemos, que cambios como éste requieren de una transformación de la sociedad en su conjunto, pero consideramos que es la escuela una de las instituciones privilegiadas en la búsqueda del cambio.

Mencionaremos, para acabar este apartado que, aunque todo esto puede sonar como utópico, y de hecho lo es, la dirección marcada es válida y plausible de iniciarse hoy por todos aquéllos sujetos indignados, que no somos pocos.

La Escuela y la Construcción de un Mundo de Significados

A fines del siglo XX, la escuela forma parte de la vida cotidiana —de la mayoría— de los individuos, y la vida cotidiana forma parte de la escuela, incluso la escuela tiene una vida cotidiana y la vida cotidiana de nuestra sociedad no se concibe sin la institución escuela. Entre sociedad, escuela e individuo se establece una relación multilateral y recíproca que

hace evidente un primer enunciado: la escuela es un lugar privilegiado (en el sentido de un espacio en el que temporalmente se prefieren y se asignan un conjunto de funciones prototípicamente formativas) en la construcción de un significado subjetivo de un mundo coherente.

La vida cotidiana se presenta como una realidad interpretada por los hombres, en tanto construcción, mantiene un significado subjetivo de un mundo coherente. Los hombres la construyen así por algo, sobre todo porque la sociedad y sus complejos institucionales (incluida la escuela) han elaborado una presentación del mundo como coherente para legitimar una determinada visión lógico-racional; el mundo aparece por tanto, recubierto de un manto que le otorga una lógica completa que le permite ser conocido bajo una interpretación válida y única.

La escuela, la institución escolar, forma parte del complejo institucional de la sociedad, por tanto del **magma** de significados que constituyen su cultura; en este sentido, como institución integrante de la cultura/mundo de significados dominantes articula en su seno la subjetividad que recubre a su propio ser, otorga una explicación objetiva y reificada de la realidad social y de sus propias acciones. Esta idea del mundo coherente da seguridad, convierte a la realidad social en algo estable, es por tanto, conservadora. Se convierte así en el único procedimiento de la construcción de un significado subjetivo.

La realidad social es construída subjetivamente como real, la vida

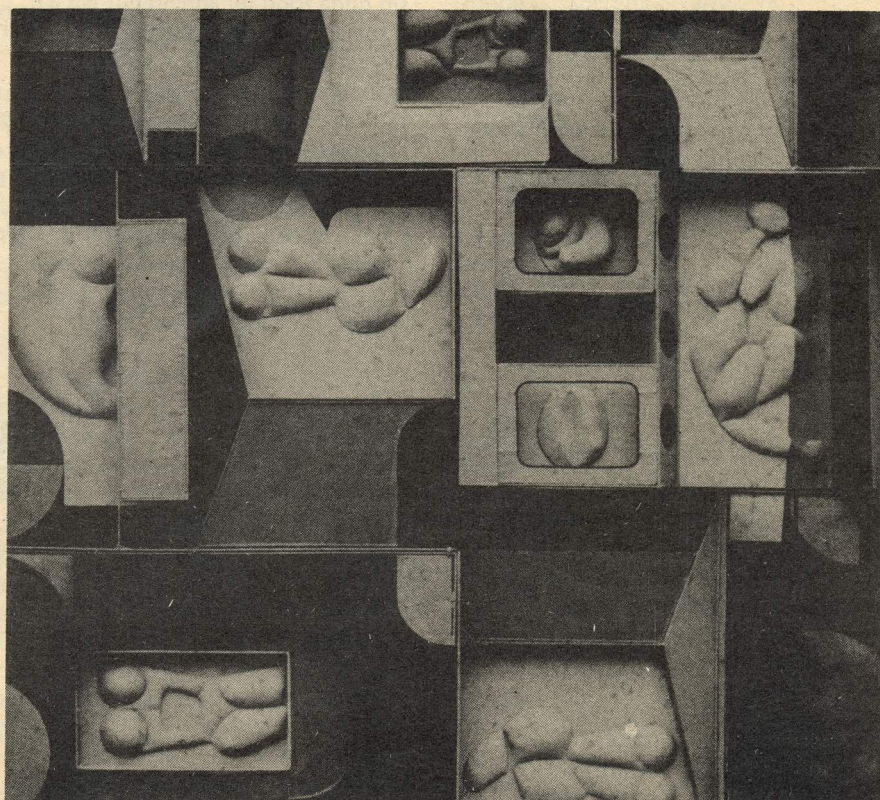
cotidiana es un mundo que se origina en los pensamientos y acciones de sus miembros, y que está sustentado como real por ellos, el conjunto de las interacciones entre el individuo, la sociedad y el mundo conforman —entre otras instancias— a través de la escuela una significación determinada del mundo.

En este sentido, se desprende un segundo enunciado: el que la escuela contribuye a la aprehensión de la vida cotidiana como una realidad ordenada.

La realidad de la vida cotidiana se encuentra objetivada, constituída

por objeto, fenómenos y relaciones que han sido asignados como tales por la sociedad y se presentan al individuo de la nueva generación como inmutables, como el orden al cual tiene que adaptarse.

La escuela coadyuva a presentar una visión del mundo, un determinado orden, en la medida que cumple con el papel que le han asignado históricamente los grupos sociales. Este orden intenta negar los procesos individuales y particulares de construcción subjetiva al presentarse como orden, como única



representación de la realidad, como el deber ser. En ese sentido, oprime al ser, anula al individuo, intenta homologarlo, hacerlo común y homogéneo. La humanidad fabrica en la escuela la socialidad del individuo, de entrada, éste aparece como a ser, negado, referido al deber ser, a la significación imaginaria social con la que se da una identificación mediatizada.

Incuestionable, imperecedera e inalterable es la escuela —en la cultura actual— en tanto institución que es institución de significaciones imaginarias sociales. La escuela así, da y se da a sí misma sentido transmitiendo los principios de existencia, de valor, de pensamiento y de acción que consituyen la definición de las cosas como tales. Impone arbitrariamente una significación del mundo, recurre a una razón instrumental que da un ser-así único del mundo. La cultura (y la escuela) se da sentido funcionalmente, sin asumir sus contradicciones y sus múltiples sentidos. Sus finalidades son las de su propia existencia.

Sin embargo, la institución escuela y el mundo de significados son tales en tanto producción simbólica, subjetivamente construída. Esta construcción es histórica y tiene un sentido propio. La cultura, aún cuando pretenda presentarse como universal, genérica (y por tanto inamovible), es solamente construcción humana, perecedera y transformable.

Un movimiento contracultural en la escuela puede pasar por el cuestionamiento y desmitificación de estos dos procesos constituyentes

de la socialidad del individuo; hacer de la escuela el espacio crítico y de construcción de múltiples significados subjetivos, donde se reconozca a la sociedad en movimiento, en continúa construcción y no sólo en simple perfeccionamiento, donde no se imponga el orden preestablecido, sino se asuma la pluralidad y la existencia de la diversidad de significaciones imaginarias.

Una escuela que explicita la funcionalidad interna de la cultura vigente, que cuestione su sentido y evidencie su temporalidad, constituye sin duda todo un anhelo por el cual trabajar. La escuela puede ser un lugar de crítica y experimentación. Sin embargo, no puede transformarse radical y vertiginosamente hasta que el mundo de significado social existente sea fuertemente convulsionado y entre en crisis. Precisamente se trata de examinar hacia allá, a contribuir desde la escuela —como lugar privilegiado de la socialidad— para poner en crisis estas significaciones imaginarias

sociales que constituyen la cultura del presente.

La escuela puede llegar a auto-instituirse democrática y pluralmente, por sí y en sí, explícitamente. Formular sus propias significaciones, reconocer su sentido, y hacerlo históricamente asumiendo su propia temporalidad. Si el interés esta presente y permanentemente explícito, es un buen comienzo. Un proyecto en el que la autoconciencia y la autoreflexión, donde el interés y la autonomía (en el sentido literal de postular su propia ley) esten presentes como experiencia vivida, es un proyecto de escuela posible y una forma de coadyuvar al cambio del mundo. Sin esperar un futuro redentor, negando la resignación es que se vive para cambiar la vida, la idea de que la escuela es transformable hoy, en el presente, y no hasta un futuro indeterminado nos marca para profundizar la crítica a la escuela actual y nos obliga a imaginar nuevas utopías.

